

SATIRICOSAS

Manú Dornbierer

¿Españoles o gachupines?

Algún lector de Face, de origen español me critica con razón, por hablar de “gachupas” a propósito de los que han tratado de “imbécil” al presidente de México, como ese megacretino salinista de Pérez Reverte, hechura del (acusado) plagiarío Sealtiel Alatríste. Con mi intento de plasmar un neologismo solo quise modernizar la palabra GACHUPIN, “denominación despectiva e injuriosa que se daba en México a los oriundos de España”. Bueno, sorry ...

Según la Historia, al principio solo usaban la expresión los criollos de hace 500 años, hijos de españoles ya nacidos en México, en su pleito con los peninsulares, suertudos que habían dado el primer berrido en “la madre patria” (bastante madrastra para México) y por ende tenían el derecho a los grandes puestos y la orden de apoderarse del oro, para mandarlo a la dueña de todo, “La Corona Española”. Sin duda ellos se quedaban con buenos “moches”, los muy corruptos.

El pleito entre criollos y peninsulares fue lo que inició las guerras de independencia en los territorios invadidos del continente americano. Los propios héroes de la independencia de México emplearon el término, por ejemplo, Morelos al dirigirse a los criollos dentro del ejército real: “¡Abrid los ojos, americanos, que la victoria está por nuestra! Ya hemos matado más de la mitad de los gachupines que había en el reino.

Pocos nos falta que matar, pero en guerra justa; no matamos hacia los peninsulares criaturas inocentes, sino gachupines de inaudita malicia”.

José María Morelos y Pavón, Siervo de la Nación”, nacido en Valladolid (ahora Morelia), Michoacán, el 30 de septiembre de 1765, cuya meta fue ayudar a la creación de una nación libre, independiente, y soberana, como la que hoy pretendemos.

LOS DUEÑOS DEL CONTINENTE

Pero jamás hubo respeto (salvo el de ciertos religiosos conmovidos por la injusticia de la invasión) por las grandes culturas locales, llamadas “indias” por la equivocación de Colón, y los españoles consideraron a los pobladores locales “seres inferiores” que les pertenecían, ya que “venían a salvarlos del diablo en nombre de Dios”.

Poblaciones indígenas de los más diversos apelativos a las que diezmaron, esclavizaron, torturaron y mataron, amén de robarlas. A estas razas a las que hermana el color cobrizo de la piel, porque el RACISMO, por supuesto, como bien podrían corroborarlo estos inteligentísimos

Trump y Bolsonaro, sigue en pie HOY, HOY, HOY, diría la Chachalaca Fox, por cierto, de origen español por parte de mare, y alemán-gringo por parte de pare (apellido original alemán Fuchs=Fox en inglés) en este continente y en el planeta entero. La Humanidad no entiende ni con chochos.

HAY QUE PEDIR PERDÓN UNA Y OTRA VEZ, mientras se le prende el foco en serio.

Y no hubiera pasado nada hoy si los partidos políticos españoles, exceptuando “PODEMOS”, no hubieran aprovechado el chisme para manifestar groseramente su eterno racismo GACHUPIN. Y si el rey de España y el ministro Sánchez tuvieran más conciencia política. En lo personal, el rey me parece un alto muy pequeño. Lo que le veo de bueno es su reina, una periodista simpática, bastante destrampada cuando vivió en México.

EN EL SIGLO XX

Hasta que el criollo José López Portillo en 1977 reanudó relaciones diplomáticas con España, en México los españoles se dividían en dos: Los “gachupines” que ya tenían generaciones aquí y no se les odiaba y los muy queridos “refugiados” españoles que sí aportaron grandes cosas a México. Fue el presidente Lázaro Cárdenas, el que les dio asilo cuando huyeron del horror fascista de Franco y luego de su alianza con El Eje nazi. Quedó solo Franco al final, porque los italianos se libraron de Mussolini y Hitler dizque se suicidó (no lo creen en Argentina).

Como ciudadana mexicana de nacimiento, con origen diferente del mayoritario y sin gota de sangre indígena ni española (aunque sí tres hijos con sangre vasca y alicantina), la lejanía racial me permite

tener un criterio más frío sobre lo acontecido y me permito sugerir a los españoles de hoy que no se vuelvan otra vez GACHUPINES, como parecen decirnos sus partidos políticos, salvo el citado y más justo “PODEMOS”. Un par de antiguos dichos mexicanos más: “De español a gachupín, hay un abismo sin fin” y “Al español puerta franca; al gachupín, pon la tranca”.

LA Historia es la gran maestra, pero pocos se interesan por “lo que ya pasó”. No saben que nada pasa, todo lo sucedido, queda escrito, anotado, con consecuencias, en la mente y en el corazón de los pueblos.

librosdemanu@gmail.mail.com

JAQUE MATE

Sergio Sarmiento

Pobres animalitos

“A diferencia de la solidaridad, que es horizontal y se ejerce de igual a igual, la caridad se practica de arriba-abajo, bumilla a quien la recibe y jamás altera ni un poquito las relaciones de poder.”
EDUARDO GALEANO

Desde el púlpito de la mañana el presidente Andrés Manuel López Obrador pontifica: Los neoliberales “pusieron de moda una frase: ‘Enseña a pescar, no regales el pez’. ¿Cuántas veces usaron esto? Claro que hay que enseñar a pescar, pero también la justicia es atender a la gente humilde, a la gente pobre. Esa es la función del gobierno. Hasta los animalitos que tienen sentimientos, ya está demostrado ni modo que se le diga a una mascota: ‘A ver, vete a buscar tu alimento.’ Se les tiene que dar alimento, sí, pero en la concepción neoliberal todo eso es populismo, paternalismo”.

En realidad la frase “Si das pescado a un hombre hambriento, lo nutres durante una jornada; si le enseñas a pescar, lo nutrirás toda su vida” es anterior al neoliberalismo. Algunos se la han atribuido a Lao Tse, el legendario filósofo chino de los siglos VI al IV antes de Cristo, pero la primera aparición documentada está en un escrito de Anne Ritchie, la hija de William Thatcheray, en la Inglaterra del siglo XIX. De cualquier manera es antes del neoliberalismo.

La idea, sin embargo, es lo importante. López Obrador sostiene que la función del gobierno es “atender a la gente humilde, a la gente pobre”. Los pobres son como “animalitos” que no pueden alimentarse por sí mismos. La verdad, sin embargo, es que la caridad no acaba con la pobreza, ni siquiera la disminuye. Por lo contrario, la vuelve permanente ya que genera incentivos para su preservación.

En México hemos tenido programas sociales cada vez más amplios y generosos. En 1994 el gobierno federal gastó 15,888 millones de pesos en programas contra la pobreza; para 2012 erogó 310,302 millones (“Informe de gobierno 2013”, apéndice estadístico, p. 69), un aumento de casi 20 veces. La pobre-

za, sin embargo, apenas bajó de 52.4 a 52.3 por ciento de la población económicamente activa (Coneval).

Dambisa Moyo, una brillante autora originaria de Zambia, ha documentado que la ayuda internacional no solo no genera riqueza sino la inhibe. Las donaciones internacionales impiden la formación de capital privado y solo enriquecen a las élites locales. “¿Han ayudado más de un billón de dólares en ayuda en las últimas décadas a África? No, de hecho. Los receptores de ayuda están peor, mucho peor” (Dead Aid)

Cuando López Obrador habla de los pobres como animalitos que no pueden cuidarse a sí mismos se refiere a las mascotas, que acostumbradas a vivir sin libertad no tienen efectivamente forma de alimentarse o de sobrevivir por sí mismas. Pero los animales en libertad lo hacen de manera admirable. No necesitan dueños.

Por eso preocupa la visión de López Obrador, quien no quiere a ciudadanos con libertad y capacidad económica, sino a mascotas dependientes que tengan que permanecer toda la vida bajo la dependencia del ogro filantropo. “Tratan de resolver el problema de la pobreza, manteniendo vivos a los pobres -escribía Oscar Wilde en El alma del hombre bajo el socialismo-. Pero esta no es una solución; es agravar la dificultad”.

Quizá el propósito político no es eliminar la pobreza sino conservarla. Si a los pobres les das dinero, como animalitos dependientes, siempre estarán agradecidos y votarán por ti. Si los haces independientes, como los animales de la selva, sentirán la libertad de votar por quien se les antoje.

LA AMBICIÓN

Puebla ha prosperado en las últimas décadas, pero la muerte de la gobernadora panista Martha Erika Alonso ha abierto una oportunidad de oro a Morena. Luis Miguel Barbosa, quien habló pestes de López Obrador cuando estaba en el PRD, siente hoy que Morena está a punto de cumplirle su ambición.

Twitter: @SergioSarmiento

Pata extendida

Denise Dresser

Dependientes, domesticados, amaestrados. No ciudadanos con derechos, sino mascotas con instintos. Así percibe el Presidente a los pobres del país y así se refiere a ellos. Una pifia pero muy reveladora; un desliz verbal que evidencia cómo entiendo su papel y el del gobierno que encabeza. El Estado no empodera, el Estado da. El pueblo no exige, el pueblo agradece. El Estado no provee oportunidades, el Estado otorga dádivas. El pueblo no cuestiona, el pueblo extiende la mano.

Lo más loable de la 4T ha sido reconocer la pobreza lacerante, la desigualdad indignante. Lo más aplaudible del gobierno lopezobradorista ha sido colocar en el centro de la atención aquello que llevaba decenios en la periferia. El México al cual no hemos querido mirar; el México al cual tantos le tienen miedo. Miedo a los pobres, a los indígenas, a los despojados. Miedo a los que subsisten en la base de la pirámide social vendiendo chicles; miedo a los 17 millones de compatriotas que sobreviven con menos de 20 pesos al día; miedo a los marginados que la modernidad prometida no toca ni alcanza ni transforma. Miedo a la subclase permanente de 50 millones de desposeídos para los cuales el sistema económico no funciona. Millones que ahora recibirán dinero directamente del gobierno y su vida indudablemente será mejor que antes.

Pero aún no sabemos si los nuevos programas sociales crearán condiciones para que los beneficiarios transiten de la dependencia a la autonomía, de la condición de mascotas a la categoría de ciudadanos, de la pobreza a la posibilidad de salir de ella. Aún faltan reglas de operación; aún faltan mecanismos de evaluación; aún faltan métodos de medición. Pero aún así es posible discernir impactos previsible en función de decisiones anunciadas, como lo explica Máximo Ernesto Jaramillo-Molina en “Sin intermediarios”: la política social en la 4T”. En la nueva visión coexiste lo bueno, lo malo y lo feo. Lo positivo de la pensión para adultos mayores y personas con discapacidad, las becas para educación media y superior y “Jóvenes construyendo el futuro”. Lo negativo que entraña la disminución en 32% de los apoyos de Prospera y la remercanización de la política social en estancias y refugios. Lo alarmante del Censo del Bienestar y su andamiaje clientelar. Lo preocupante de programas en marcha sin reglas de operación, con presupuestos al margen del escrutinio. Lo inquietante de los errores, los vacíos y las prisas detrás de iniciativas con buenas intenciones que podrían producir malos resultados.

Resultados contraproducentes como la discrecionalidad de lineamientos que

Lo más loable de la 4T ha sido reconocer la pobreza lacerante, la desigualdad indignante. Lo más aplaudible del gobierno lopezobradorista ha sido colocar en el centro de la atención aquello que llevaba decenios en la periferia. El México al cual no hemos querido mirar; el México al cual tantos le tienen miedo. Miedo a los pobres, a los indígenas, a los despojados.

no permitirá generar indicadores claros de cómo medir, contrastar, evaluar. Resultados como la opacidad que abrirá la puerta a prácticas arbitrarias y/o clientelares. El problema no reside en que el Estado regale dinero sino en que lo haga bien. El reto no es sólo lograr que el dinero “baje” a quienes más lo necesitan sino que las transferencias estén acompañadas de una perspectiva más integral. Que el Estado teja redes de seguridad social y también lleve a cabo una profunda reforma fiscal. Que el Estado palie la pobreza y encare el problema de la concentración de la riqueza. Que el Estado use la política laboral para construir trampolines de movilidad social. Pero eso requeriría un cambio en la mentalidad presidencial, basada en distribuir y repartir, dar dinero y ser bendecido por ello. El lema tendría que ser “por el bien de todos, también los pobres”.

Para que puedan dejar de serlo. Para que no tengan que cojear de mitin en mitin, esperando la próxima entrega del próximo político. Si la política social de la 4T no corrige los errores detectados y los riesgos vislumbrados, será peor de lo mismo. El argumento de la pobreza urgente para justificar la manipulación persistente. Clientelismo desparpajado y celebrado. Clientelismo al aire libre, diseñado a puerta cerrada. El clientelismo retrasa el desarrollo económico porque desincentiva a los gobiernos a proveer bienes públicos como escuelas, hospitales, refugios y estancias. Vicia la democracia al minar la equidad del voto, porque unos lo usan para comunicar preferencias políticas y otros como moneda de cambio. Perpetúa a líderes autoritarios en el poder porque quienes quisieran oponerse temen las represalias. Y convierte a los ciudadanos en mascotas, obligados a vivir con la pata extendida.

Escribir con tijeras

Jesús Silva-Herzog

La historia se escribe con tijeras. No es un tejido de múltiples versiones, una memoria rica en contradicciones y misterios sino un enfrentamiento entre dos sujetos morales. La historia es un relato edificante, una sencilla lección cívica, un cuento de clara moraleja. No podría ser de otra manera si se trata de una lucha de los buenos contra los males. El enfrentamiento de los patriotas contra los traidores. Así parece decirnoslo un presidente obsesionado con el pasado. Todos los días presenta un capítulo de esa historia de estampitas en la que cree fervorosamente. En la historia no encuentra ejemplo de una fascinante complejidad, sino de esa simpleza que alimenta su juicio político. Nada de claroscuros. Los héroes son saludables y rozagantes; son honestos y bondadosos. Los villanos son monstruos viles y deformes. Los liberales podrán cambiar de nombre y de escenario, pero no de causa. Los conservadores estarán atrapados por siempre en su maldición: conspirar sin éxito contra la patria. Si alguien ha tomado los muros de Diego Rivera en Palacio Nacional como si fueran una auténtica lección de historia ha sido es precisamente quien hoy despacha ahí.

De esa historia de bronce proviene la convicción de que el tiempo puede cortarse a voluntad. Con una navaja puede separarse el hoy de todos los días precedentes. En un instante se pasa de una era a otra. Se puede por eso romper definitivamente con todas las herencias del pasado e iniciar, como en una hoja en blanco, el nuevo capítulo de la nación. Esa ilusión de la cisura expresa una idolatría de la política. Imaginar al poder como una fuerza capaz de romper el tiempo. Terminar súbitamente los hábitos, fundar con fresquísima materiales, la nueva arquitectura de la nación. Proclamar el primer día.

Así se decretó recientemente. El presidente de la república declaró, con toda solemnidad, la abolición definitiva del neoliberalismo. Tras la abolición de tan perverso credo, el auditorio se entregó a los aplausos. Se pensó que, tal como Hidalgo abolió la esclavitud, López Obrador termina con la servidumbre del presente.

A decir verdad, la anulación no parece muy convincente si advertimos que las columnas fundamentales del neoliberalismo se mantienen intocadas y aún apreciadas como sustento de la estabilidad del nuevo gobierno. Si el neoliberalismo concretó dos reformas cruciales durante su reinado, la primera sería la autonomía del banco central y la segunda el acuerdo comercial de Norteamérica. No parece intención del gobierno terminar con la autonomía del Banco de México ni romper el pacto norteamericano. Pero en la imaginación del presidente, la ideología neoliberal ha sido definitivamente eliminada. Los aplaudidores de palacio habrán celebrado la histórica liberación de una doctrina pernicioso, pero, vale preguntar, ¿puede decretarse la abolición de una idea? Aceptemos, si se quiere, que el neoliberalismo es la más perversa de las concepciones económicas en la historia de la humanidad. Pensemos que es, como nos dice el presidente, una ideología demoníaca de la que han surgido todos los males que padece el país. Pero, aún creyendo en el satanismo neoliberal, ¿puede alguien abolirlo? ¿Puede la política invalidar una idea? ¿Puede abolirla?

La ilusión presidencial es reveladora de una ingenuidad disfrazada de omnipotencia. Arrogancia que es, en el fondo, ignorancia. Quien se imagina con el poder de abolir una idea, desconoce que el mundo de las ideas escapa de su control. El poder presidencial, por macizo que sea, no puede anular una fuente de pensamiento. Se trata de la misma soberbia de quien pretende bautizar su propio tiempo y colocarse por adelantado como una de las cuatro estatuas de la historia nacional.

Hace mil años, un rey Canuto de Inglaterra se burló de los aduladores que lo endiosaban mostrándole el límite de su poder. Eres el más sabio, el más poderoso. Nadie osaría desobedecerte, le decían. Pues bien, si eso es cierto, le ordenaré al mar que retroceda y que cesen ya las olas. Tras la respuesta del mar, los aduladores callaron. Soberanía no es omnipotencia. El presidente podrá decretar la abolición de mil ideas perniciosas, podrá proclamar que despierta el primer día del cuarto nacimiento de México y dirá misa.